

cura no pueden brotar de otro lado que el de su autenticidad.»

La danzante geografía desplegaba su gracia en medio del recogimiento del público, de su absoluta entrega. Cuando las chicas de Zaragoza se metieron en jota, fué el acabose. La jota resumía el unánime latido de aquella masa española, tan diversa en su formación, dolorosamente escindida por la próxima historia. Pero la jota es así.

La jota era la tarjeta de visita de los Coros y Danzas, el saludo a los amigos e incluso —cuando los hubo— a los enemigos. Los pies ligeros de las danzarinas eran, a veces, como un redoble o como un repique, a veces como una grata llamada, como un pasito de esos picarones, ingenuos y osados: de «gurrión», tan de danza para el cortejo; el gesto bravo de los brazos altos, la gracia gallarda de la cabeza erguida, esa mirada desafiante y esa sonrisa hermosa de las mujeres fuertes, hacían de cualquiera de las jotas el mejor pregón de españolidad. El frenesí militar de algunas jotas se adentraba en los hombres con la voz de un viejo camarada, y era entonces cuando, en el silencio que precede a la estruendosa ovación, se escuchaba siempre el grito de alguien, que, sin poderlo remediar, como cantándole a su propia sangre, o quizás a su conciencia, decía: «Hala, maña.» La jota pudo ser heroica y desherrapada en Zaragoza, pero cuando la jota se la lanzó a la diplomacia, también pegó, también.

A todo esto habían comenzado ya los abrazos triunfales, las señas de palco a paco, diciendo: «¡Eh, ya te lo decía yo!»; en fin, toda la pirotecnia dialéctica de la victoria. Se le saltaban las lágrimas y el acento al público del Colón. El aire de la era y del Prado, del chistu y del tamboril, barría el empaque tradicional de la primera sala porteña y una de

las primeras del mundo, mientras que el nombre de España brincaba como en una espata danza salvaje en los labios de todos. Cuando el grupo de Bilbao tremolaba la bandera rojigualda con los lazos blanquiazules de la fraterna cortesía; cuando Tere Ugalde ya había lanzado su boina roja al público y la bandera giraba sobre las cabezas de todas sus camaradas y de todos cuantos estábamos en el público —porque hay que ver cómo crece una bandera—, cuando la bandera era como el viento de la misma Patria y en su giro sobre las danzarinas arrodilladas traía aire del Moncayo y del Pirineo, de los Picos de Europa y de la Penibética, de Somosierra y de Gredos; cuando el emocionante saludo contenía la respiración de la sala, el público se rendía incondicionalmente ante la belleza y la verdad. Decir que la gente lloraba no es decir nada. Hay algo absolutamente lejano a toda descripción, y ese algo ocurrió la tarde de San Isidro en Buenos Aires.

Me escapé un momento al escenario para ver como iba aquello. Una alegre serenidad, rota frecuentemente por explosiones de entusiasmo, presidía el rigodón de entradas y salidas en escena. Antes que en nadie, las chicas habían reparado en la presencia del capitán y los oficiales del barco, y a ellos, viva representación de unos tripulantes sencillamente excepcionales, dedicaban su saludo, cosa que notaron los críticos, como también la graciosa torpeza de las chicas a la hora de corresponder a las ovaciones, detalle que apuntaron como buena muestra de autenticidad. La verdad es que saludaban como colegialas en la fiesta de la Madre Superiora.

—¿Qué? —me soltaron nada más verme.

—Si lo sabéis mejor que yo...

Iban a salir las de Málaga. Pepa Guerra miró a sus paisanas. Al santiguarse temblaron los palillos. El Colón pesa mucho, aun-